

LA LITERATURA REGIONAL COMO AUTONOMÍA RELACIONAL Y MEDIACIONES INTERNAS

REGIONAL LITERATURE AS RELATIONAL AUTONOMY AND INTERNAL MEDIATIONS

ISRAEL RAMÍREZ

EL COLEGIO DE SAN LUIS (MÉXICO)

<https://orcid.org/0000-0001-8283-4946>

israel.ramirez@colsan.edu.mx

Fecha de recepción: 4 de noviembre de 2025

Fecha de aceptación: 3 de enero de 2026

Resumen:

El artículo propone la revisión del término “literatura regional” desde dos perspectivas en el contexto mexicano. La primera llama la atención sobre las consecuencias de esencializar y polarizar lo regional vs. lo nacional, dado que se puede construir una visión de lo regional igual de jerárquica y con los mismos vicios a partir de una idea de identidad “local”. En segunda instancia, plantea los límites de los ejercicios críticos que, o bien interpretan lo regional en contraste con el canon central, o bien proponen acercamientos desligados de un contexto mayor, sin reconocer que el intercambio con zonas culturales aledañas puede alumbrar el acercamiento a obras o propuestas. Es decir, se enfatiza en la necesidad de reconocer las múltiples mediaciones que se negocian al interior de las regiones, pero también las que suceden con zonas de contacto a partir de una “autonomía relacional” que las hace abiertas a los intercambios culturales sin perder los rasgos distintivos.

Palabras clave: literatura regional, literatura mexicana, campo literario, autonomía relacional, mediaciones.

Abstract:

This paper proposes a revision of the term “regional literature” from two perspectives in the Mexican context. The first draws attention to the consequences of essentializing and polarizing the regional vs. the national, since one can build a vision of the regional equally hierarchical and with the same vices from an idea of “local” identity. Secondly, it raises the limits of critical exercises which either interpret the regional in contrast to the central canon or propose approaches disconnected from a larger context, without recognizing that the exchange with nearby cultural areas can illuminate the approach to works or proposals. In other words, emphasis is placed on the need to recognize the many mediations that are negotiated within the regions, but also those that take place with contact zones on the basis of a relational autonomy which makes them open to cultural exchanges without losing their distinctive features.

Keywords: regional literature, Mexican literature, literary field, relational autonomy, mediations.

Este artículo resume dos reflexiones en torno del concepto literatura regional. Al principio se centra en el problema de su identificación, ya sea por contraste con la *literatura nacional* o por su afán de *esencializar* una idea de región que termina por borrar la diversidad de manifestaciones que se presentan en una determinada zona cultural. Todo ello para proponer, en la segunda parte, un reconocimiento del campo literario regional a partir de las mediaciones que se dan al interior entre actores diversos (editoriales, escritores, espacios de difusión, vinculación con instituciones educativas...), pero también con otras zonas, como puede ser el centro o espacios aledaños con los cuales se establece un flujo dinámico de intercambio cultural. En síntesis, el objetivo es proponer que la literatura regional no sea vista en su dependencia directa con el centro, sino que sea analizada a partir de

una “autonomía relacional”, es decir, a partir del reconocimiento de su particularidad, pero no de forma aislada, como ha querido hacerse para lograr su reconocimiento, sino en contacto con zonas culturales aledañas con las que se interrelaciona.

I. Región y nación desde los estudios literarios

Se sabe que las posiciones nacionalistas están en revisión y que dichas visiones homogeneizantes tienen su base en motivaciones políticas, antes que estéticas. En este mismo sentido, la inclinación de los discursos se orienta en estos años al reconocimiento de las minorías y al respeto de la diversidad.

Si se toman como ejemplo las más recientes historias de la literatura mexicana (de las que se hablará más adelante) se nota cómo paulatinamente tal apertura es cada vez más explícita en el examen de las literaturas del país, de ahí que los últimos proyectos evidencien una consciencia ante esa realidad y opten por contribuir a la reconfiguración del término “literatura mexicana”, de su empleo y de su entendimiento¹.

En los últimos diez años, para centrar la reflexión en un periodo concreto, se publicó la propuesta del Colmex, *Historia mínima de la literatura mexicana del siglo XX* (2015), *A History of Mexican Literature* de Cambridge (2016) y la *Historia de las literaturas en México* de la UNAM (publicada entre 2018 y 2021). Si bien la primera tiene un carácter panorámico y sintético, ello no exime el examen sobre su organización y estructura. Preparada por José María Espinasa, concentra su revisión en grupos, revistas, autores, obras, editoriales..., de manera cronológica y convencional. Por ejemplo, el capítulo dedicado a revisar lo sucedido en la década de 1970 tiene como objetivo examinar el papel

1 Aunque Pablo Heredia lo expresa para la literatura argentina, sus palabras sintetizan muy bien lo que sucedió en México: “El estudio de las literaturas nacionales está vinculado a una reflexión inicial asociada con el análisis de las articulaciones políticas que las regiones culturales han desarrollado en el proceso de conformación de ‘lo nacional’.” (“Propuestas para un estudio de las operaciones políticas de regionalización cultural en la literatura argentina” en Liliana Massara, Raquel Guzmán y Alejandra Nallim (directoras), *La Literatura del Noroeste Argentino. Reflexiones e investigaciones. Vol. II*, Universidad Nacional de Jujuy, 2012).

de la revista *Plural*, algunos de sus contenidos, los colaboradores y el papel decisivo de unos cuantos nombres en la vida cultural mexicana. Sin demeritar el valor de *Plural*, llama la atención el silencio sobre otras revistas multicitadas de los últimos años de la década: *Nexos* y *Vuelta* o, para seguir con la revisión hemerográfica, no se abunda en los muchos proyectos independientes y juveniles que marcaron la tendencia de ruptura como *El Zaguán*, *Cuadernos de Literatura*, *Cartapacios*, *El Ciervo Herido*, *Dos Filos*... Examen obligado en este tenor es *Tierra Adentro*, que poco a poco se consolidó como el espacio de difusión para los jóvenes escritores nacidos fuera de la Ciudad de México y de la que tampoco se habla. Es decir, persiste una visión centralista en la que a partir de casos ejemplares se pretende explicar lo que sucede en todo el territorio.²

Caso distinto es *A History of Mexican Literature* (2016), proyecto que se plantea revisar las manifestaciones literarias “más allá de los límites”. Ahí aparece, por ejemplo, un capítulo dedicado a las mujeres escritoras y en otro se revisa la literatura desde un marco económico. Aunque inicia con dos apartados que no ofrecen grandes cambios en relación con la forma de plantear un acercamiento a la literatura mexicana, la tercera y cuarta parte —enfocadas en las obras recientes y del siglo XX— abren el espacio a producciones literarias casi siempre relegadas o muy poco atendidas en este tipo de proyectos: el teatro, la crónica, el ensayo, la crítica, la literatura escrita por mujeres, las manifestaciones LGBTQ, la literatura indígena, el cine y la literatura popular. Con ello se rompe el modelo canónico de construcción de la historia literaria en México que se había consolidado desde mediados de siglo XX, en parte debido a las perspectivas de José Luis Martínez.

Si bien *A History of Mexican Literature* fue receptiva de actores distintos y de diferentes géneros literarios, quedó pendiente la lectura de la producción literaria de las regiones del país. Se entiende que cada

2 Sobre este tema puede consultarse el libro *La línea y el círculo*, de Jaime Moreno Villarreal. Universidad Autónoma Metropolitana, 1981. Aquí se establece una revisión general sobre esta década, sus polémicas, las editoriales emergentes e independientes, así como con el amplio espectro de revistas juveniles se publican en este periodo.

propuesta de historización responde a finalidades particulares, ésta, por ejemplo, está destinada para lectores y estudiantes radicados fuera de México, de tal manera que presenta acercamientos panorámicos de obras, autores y tendencias canónicas, más la inclusión de perspectivas novedosas. Por su particularidad, vale la pena mencionar —a la luz de lo que Saúl Sosnowski expresó en “Crítica literaria hispanoamericana en Estados Unidos: Visiones desde la periferia”— las múltiples implicaciones que conlleva el ejercicio de examen crítico llevado a cabo desde la academia estadounidense. Retomo in extenso una cita porque además de puntualizar lo que sucedía a finales del siglo XX y que en muchos casos se continúa, engarza muy bien con la discusión en torno a la invisibilización de las regiones desde miradas externas:

De esta situación general se derivan los siguientes datos: para el estudio de lo contemporáneo sigue predominando el énfasis en los epígonos [...] se fundan, por ende, versiones parciales de la producción literaria que descartan un factor determinante para el estudio de estas letras: que los relojes culturales de las diversas regiones y áreas latinoamericanas marcan el tiempo con velocidades diferentes y que la producción literaria que se lee de esa marcha es la que corresponde a sus respectivos estadios de desarrollo. Cuando se opta, por ejemplo, por la innovación técnica como criterio de selección, quedan fuera regiones cuya respuesta literaria está adecuadamente servida por las tendencias que fueron abandonadas en zonas cosmopolitas cuando así lo exigió su propio desarrollo. (274).

Sin intentar una valoración global de cada una de las historias literarias aquí comentadas, lo anterior permite entender que no son parte de una línea continua de pensamiento y que *A History of Mexican Literature* busca dialogar con un público diferente al que se orientan los otros casos.

En el último ejemplo de los tres mencionados, la *Historia de las literaturas en México* (no literatura, sino literaturas; no mexicana, sino en México) se concreta la inclusión regional, aunque no con la profundi-

dad que tal tema merece. En los volúmenes dedicados a la literatura del siglo XX destaca una declaración de principios que se corresponde con la manera en la que se estructura el proyecto global.

Pese a los notables cambios en la concepción general de la obra (por ejemplo, el tomo firmado por Yanna Hadatty Mora, Norma Lojero Vega y Rafael Mondragón Velázquez que va del año 1900 a 1940, *La revolución intelectual de la Revolución mexicana*, arranca con un texto de Freja Cervantes sobre la materialidad de la literatura en México y le sigue otro sobre los impresos populares de Mariana Masera, Briseida Castro, Anastasia Krutitskaya y Grecia Monroy), será hasta el volumen dedicado a los años siguientes: *Hacia un nuevo siglo (1968-2012)*. *Tensiones, territorios y formas de un campo literario en movimiento* (Miguel G. Rodríguez Lozano y Roberto Cruz Arzabal, coordinadores) donde se vislumbra —aunque tímidamente— la presencia de esos otros territorios/espacios en que maduran las literaturas locales, estatales, regionales; ahí están representadas la zona norte y la frontera (con los textos de Humberto Félix Berumen y Oswaldo Zavala), así como al sureste mexicano con un trabajo que aborda los estados de Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo (de Karla Marrufo, Silvia Alicia Manzanilla y Judith Buenfil).

Como puede observarse, es hasta fechas recientes que esta discusión en torno a la emergencia de las literaturas regionales, junto con otras manifestaciones minorizadas como la literatura indígena o la de tradición oral, por sólo mencionar tres casos, se inserta en los proyectos de historización literaria en México.

Caso semejante ocurrió en otras latitudes, por ejemplo, en la literatura argentina con la NOA hacia finales del siglo XX. Al decir de Alicia E. Poderti, en *Historia de la literatura del noroeste argentino. Desde la Colonia hasta fines del siglo XX*: “La reconceptualización del término literatura está unida al replanteo del concepto de región, en la medida en que la distribución de los diferentes espacios o sistemas ‘regionales’, van modelando los rasgos que hacen ‘literario’ a un texto. Las condiciones de producción y circulación de los discursos sociales re-

insertan los textos en un medio que es, al mismo tiempo, conjunción y pugna de espacios y regiones” (14).

Esas pugnas de las que habla Poderti en relación a los sistemas regionales reflejan los procesos de interacción que se dan entre literaturas de zonas culturales distintas, pero sin mediar entre ellas juicios de valor que las posicione a unas por encima de otras³. Se aboga entonces por un acercamiento sin prejuicio frente a la literatura del centro; en otras palabras, sin desligar a la literatura regional de su perspectiva situada, pero sin limitar su interpretación sólo a lo que sucede dentro de ella.

Antes de seguir adelante con esta discusión conviene hacer dos aclaraciones. La primera es que a lo largo del presente artículo se citan trabajos sobre literatura regional latinoamericana, especialmente argentina, pero sin sugerir algún tipo de conexión con lo sucedido en México. Nos servimos de las abundantes relexiones críticas y teóricas que se han generado sobre literatura regional argentina únicamente como marco para nuestro acercamiento. De igual forma, se ha empleado el concepto “zona cultural” sin haber puntualizado que su historia puede rastrearse hasta Pedro Henríquez Ureña, quién en 1925 publicó “Caminos de nuestra historia literaria”, en donde hace referencia —muy brevemente— a los nacionalismos, la región y las zonas. Sin embargo, será con Antonio Candido (*Formação da literatura brasileira*) y, posteriormente con Ángel Rama (hasta llegar a la chilena Ana Pizarro), que el concepto adquiere su cabal peso. Así lo reseña Eduardo Andrés Mejía Toro en “Ángel Rama y Antonio Candido: la integración del Brasil en el sistema literario latinoamericano”: “El concepto de comarca de Henríquez es enriquecido por Rama con el concepto de suprarregional de Candido” (181).

Ahora bien, si regresamos a nuestra discusión inicial, cuando se leen los acercamientos a la perspectiva de los estudios de literatura

3 “La región literaria depende de la existencia de una región histórica y cultural, al ser uno de los sistemas que constituyen la cultura. Toda cultura posee características que la diferencian de otras y tiene zonas que entran en contacto con otros sistemas socio-culturales” (Poderti 15).

regional se observa que sitúan su existencia en copresencia de las literaturas centrales. El “centro”, esa exitosa invención con fines de control hegemónico, podemos definirla como la abstracción a partir de la cual se estratifica la fama pública. En el caso de la literatura, el centro se identifica con elementos concretos, pero que se mueven alrededor de ejes que los ponen en juego según el *territorio* que se enfoque: el sello editorial, los premios recibidos, las traducciones, el número de ejemplares vendidos, las adaptaciones a otros medios... Estos y otros condicionantes, a veces de carácter internacional o que refieren a geografías locales, son puestos en movimiento para distinguir obras u autores que gozan de prestigio entre el gremio y el público lector.

Para no perdernos, se entenderá como centro el sistema literario hegemónico que, en otros momentos se identifica con lo nacional. Al decir de Alfredo Laverde Ospina, “las literaturas nacionales son la expresión de un grupo minoritario que si bien puede rechazar o defender el legado hispánico —liberales o conservadores, respectivamente— coincide en establecer un sistema literario culto que se presenta como la norma que deslegitima a otras manifestaciones, ya sean orales o escritas, populares o indígenas” (“Preámbulo a una lectura de la tradición literaria latinoamericana: en torno a la complejidad de los sistemas literarios” 117).

“Las regiones ‘centrales’ [...] hegemonizan la designación, comprensión y distribución política de la cultura ‘nacional’, estableciendo diversos grosores de legitimidad de manifestaciones culturales regionales dentro de la heterogeneidad articuladora”, señala Pablo Heredia, en el texto citado (20). En ese sentido, aquí se propone estudiar la literatura regional en su relación con otras zonas culturales y asumirla como un campo intelectual otro, no menos importante, no más atrasado, sino con su propio reloj y temperatura. Una propuesta que reconozca los grados de relación con el centro, pero también las formas en que se establecen mediaciones con zonas aledañas, así como el propio proceso de interlocución que en ámbitos particulares deriva de fuerzas de tensión que se animan en su interior.

El centro, con sus particularidades, es otra región más y no todo lo que sucede en espacios diferentes depende forzosamente o en consecuencia del sistema hegemónico. Por ejemplo, si se analiza el primer libro de la zacatecana Amparo Dávila desde esta perspectiva de mediación y autonomía relacional es factible entender, como se trazará a continuación, que la crítica no puede sólo repetir que forma parte de la etapa temprana y preparatoria de su carrera como cuentista, como ha querido verse; o que la autora fue “descubierta” por Reyes y que la elección de las formas poéticas responde únicamente a su historia personal.

En el contexto de México, la compleja relación que se da en el seno del campo literario mexicano se conecta con algunos otros aspectos que también deben ponerse sobre la mesa en las revisiones globales: el predominio de las obras en la lengua española en demérito de las decenas de lenguas indígenas que existen en el país, el sistema de circulación literaria escrito/oral que establece sus propios canales de distribución y estudio, las dimensiones que hacen convivir las prácticas metaartísticas con aquellas que se identifican con los medios de comunicación masiva u otras representaciones de lo popular, por ejemplo.

En palabras de Joseph Jurt, “La teoría de los campos desde el prisma de la literatura”, la literatura nacional no es completamente ajena a la literatura regional, pues ella se puede integrar por subsistemas. Asimismo, la literatura nacional puede formar parte de otros sistemas (más amplios o igual de específicos, pero pertenecientes a otras categorías: como la “literatura mundial”, con todo lo problemático que resulta el término). José Luis Martínez Morales, en “¿Literatura regional en tiempos de globalización?”, publicado en *Investigación literaria y región* por Ignacio Betancourt, apunta una anécdota que, además de curiosa, encierra diversos modos de tratamiento. A raíz de una antología de narradores veracruzanos que preparó junto con Sixto Rodríguez Hernández, un reseñista les recriminó no: “definir nunca qué era en esencia la literatura veracruzana en relación con la producción

de nuestro país. Ejemplificaba, con cierta ironía, que Veracruz era conocido por su danzón y por su pescado a la veracruzana, pero que por ningún lado se dejaba ver lo veracruzano [en los textos que habían antologado]" (14).

Identidad y espacio son dos variables que suelen considerarse al analizar la literatura regional. Si a ellas le sumamos una tercera, que será la síntesis de características esenciales que dicha literatura exhibe, tenemos la misma triada que ha servido para deslindar lo que antes se entendía por literatura mexicana y que, en el ejemplo citado, es puesto en juego al solicitarle a los antologadores la caracterización de lo veracruzano. Ahora bien, ¿qué se pierde cuando analizamos la literatura regional como muestrario del espíritu de una sociedad? Sin duda, en primer momento, la enorme variedad cultural de la zona, el espesor de las manifestaciones literarias que activamente establecen contrapuntos internos que enriquecen el panorama en dicha región.

A riesgo de esquematizar es fácil notar que mientras en un primer momento la identificación de espacio y la fijación de una identidad supuso una valoración positiva a este tipo de obras, con el paso del tiempo los temas, estilos y lenguajes modélicos se volvieron una tendencia cuya fuerte exposición terminó por opacar a las demás manifestaciones literarias en la región. Es decir, un proceso muy semejante a lo ocurrido con la literatura nacional que se proyectó desde el centro del país hacia las otras zonas: una literatura reducida a la publicada sólo en ciertas revistas, aparecida en editoriales específicas y escrita por autores canónicos, por decir algo.

Finalmente, a partir de lo expresado por Jurt, insisto en identificar a las literaturas regionales como parte del sistema cuya dinámica se resuelve por mediaciones entre actores y espacios, públicos, de ahí que resulten muy provechoso, para comprender la dimensión regional, los estudios sobre las comunidades lectoras, la incidencia de los sellos editoriales y su relación con instituciones o medios de difusión para promocionar y poner en circulación sus libros en determinadas zonas, los espacios de sociabilización de la literatura (casas de cultura,

por ejemplo, porque ahí conviven seguramente presentaciones de libros de cómics, con lecturas de sonetos o talleres para escribir cuento policiaco), por ejemplo.

En este sentido, se entiende que las regiones no son sistemas aislados que mantienen una autonomía estable en todo momento, sino que al enfocarlas en relación con otras zonas, las mediaciones naturales que se dan al interior y exterior (compartir circuitos de festivales en los que se presentan autores de zonas culturales colindantes, organizar presentaciones de libros con participantes locales y de regiones aledañas, abrir las páginas de revistas a escritores que espacios cercanos...) entre instituciones y agentes complejizan y modifican la percepción de su autonomía al grado de desplazarla según las relaciones que se destaquen en los análisis.

II. Las literaturas regionales ¿en diálogo?

Existe hoy en día un consenso en torno a la crisis del concepto “literatura nacional”; sin embargo —por paradójico que parezca— al mismo tiempo se popularizó la etiqueta de lo “regional” como una marca de identidad desligada del constructo estado-nación, pero en la cual el reconocimiento de la pluralidad⁴, sobre todo a partir de las minorías o las tendencias periféricas, y la férrea vinculación con una idea de espacio geográfico (aunque más acotado) sigue siendo problemático.

Mientras lo nacional pasó de ser una tentativa que brindó unidad frente a los regímenes expansivos y colonialistas del siglo XIX, con el paso del tiempo se ligó con estereotipos culturales como la gastro-

4 La crítica literaria en México, así como los acercamientos de corte historicista, suelen fincar conclusiones generalistas a partir del reconocimiento de las diferencias, pero en su mayoría basados en tendencias opuestas que se disputan desde el centro los espacios de poder: Estridentistas y Contemporáneos en la década de 1920; *Metáfora* y *Revista Mexicana de Literatura* hacia el medio siglo; Onda y Escritura en los años sesenta y *Nexos* y *Vuelta* para la última decena del siglo XX. Es imposible negar que las fricciones entre estos bandos existieron, pero extender los alcances y discusiones de polémicas focalizadas hacia todo el campo literario en México contribuye a enmascarar las enormes diferencias que existen a lo largo de las muchas zonas culturales del país.

nomía, el vestido y el deporte, o con la política: movimientos civiles internos o discursos sexenales que buscan ganar votos. Más allá de lo coyuntural, en todo momento, lo nacional se construye como narrativa a costa de la diversidad y se esgrime desde una posición de poder. En el terreno literario no ha sido distinta la situación. En un periodo marcado por el reconocimiento obligado del multiculturalismo en México, a partir del levantamiento zapatista en 1994, se evidenció que mientras en la frontera sur se prohibía el flujo de personas, en la línea divisoria con Estados Unidos se abogaba por el tránsito de mercancías sin restricciones arancelarias gracias al TLC. Sur y norte, desde la década de 1980 y en particular en los años 90, cobran una dimensión distinta en el ideario mexicano y, para lo que aquí interesa, también en lo que se refiere al ámbito literario.

Después del auge del feminismo, de los movimientos por los derechos civiles y de los levantamientos estudiantiles, la reivindicación de la cultura indígena era impostergable. Por eso es tan simbólico que en 1994 el EZLN sentara a la mesa de diálogo a los representantes del gobierno federal junto con indígenas mexicanos. Un diálogo en el que se reconocieron mutuamente como interlocutores y a partir de lo cual se insertan, dentro del imaginario del país, poblaciones, territorios y culturas que habían sido invisibilizadas en los discursos dominantes por más de quinientos años⁵.

Por el mismo periodo, quizá desde unos pocos años antes, la literatura del norte exhibió una geografía pocas veces identificada con lo

5 El 22 de marzo de 1994, el entonces Comisionado para la Paz y la Reconciliación en Chiapas, Manuel Camacho Solís, expresó en conferencia de prensa: "Entre buscar una candidatura a la Presidencia de la República y la contribución que pueda hacer al proceso de paz en Chiapas, escojo la paz." [...] "Seguiré impulsando la construcción de posiciones de un centro democrático; de una convergencia democrática que trabaje por la paz, la justicia, las libertades públicas y la justicia; que facilite reformas democráticas; que reduzca polarizaciones; que prepare mejores respuestas a las necesidades populares sin perder la responsabilidad de la conducción de la economía, y que reafirme los valores de nuestra identidad nacional". Tomado de Raúl Monge, "Manuel Camacho, el negociador", en *Proceso*, 5 de junio de 201, <https://www.proceso.com.mx/reportajes/2015/6/5/manuel-camacho-el-negociador-148012.html>

“mexicano” mediante un lenguaje altamente focalizado, a contrapelo del estilo transparente y refinado, muchas veces estandarizado, que se leía en obras publicadas en casas editoriales transnacionales.

Me detengo en la “literatura del Norte” porque en el contexto del campo literario mexicano refleja una de las formas regionales más estudiadas y reconocidas. Se tiene un corpus de obras, una nómina de autores, una geografía que rebasa las fronteras de un único estado (en términos generales se identifican textos publicados en Nuevo León, Zacatecas, Chihuahua, Baja California...) y ciertos rasgos temáticos y estilísticos que comparten un cúmulo de obras publicadas hacia finales de la década de 1980 y hasta el día de hoy. Si toda literatura es situada (en un tiempo y un espacio), la región literaria particulariza y extiende la noción que se tiene desde la geografía. No se trata de literatura de los estados, o de literaturas locales, porque entendemos con Poderti algo que desde los estudios literarios se olvida: es indispensable la existencia de una “región histórica y cultural” para que haya una “región literaria”.

En síntesis, aparejado con la noción de literatura regional parece atado el elemento espacial. Cuando se habla de centro y periferia se refuerza este supuesto. Ese “allá lejos” de la literatura regional se corresponde con una “distancia” del centro que había sido leída también en un cariz temporal: entre más lejos, más distantes de las prácticas centrales y más “atrasados” del reloj de lo actual que se marca en el centro. Por fortuna, la distancia frente al centro ha dejado de ser otro más de los fardos con los que cargan los escritores regionales y, para el caso de la literatura del norte, el alejamiento reforzó sus posibilidades de quiebre frente al imperio de lo que se reconocía como literatura mexicana. En *Cultura e imperialismo*, Said lo expresa de esta forma: “el centro (la ciudad capital, la cultura oficial, el líder designado) debe ser desacralizado y desmitificado. Un nuevo sistema de relaciones móvi-

les debe reemplazar las jerarquías heredadas del imperialismo”⁶ (422-423).

Miguel G. Rodríguez Lozano llama la atención sobre esto al referirse a las dos últimas décadas del siglo XX: “De Yucatán a Baja California, hombres y mujeres se hicieron presentes con su obra creativa; imposible negarlo y cerrar los ojos ante una avasalladora muestra de la riqueza literaria que emana de uno y otro lado de estos estados” (*Escenarios del norte de México* 14). Rodríguez Lozano añade que “es posible considerar la heterogeneidad desde la división territorial en campos semánticos, que pueden incorporar zonas estratégicas”, estados o ciudades, pero siempre con la finalidad de “abarcas las regiones periféricas, que de suyo abren caminos para contrarrestar las fuerzas centrípetas, que reafirman un centralismo agobiante e impráctico, el cual pierde de vista el dinamismo de otras prácticas literarias” (14-15).

La literatura del norte constituye el mejor ejemplo de la región (alejada y, las más de las veces, desconocida) que se sumó a la desacralización de la cultura oficial; no mediante un plan articulado, aunque sí como posibilidad de iniciar el nuevo siglo con una fotografía más nítida de las diferentes manifestaciones literarias del país. En este sentido, reconozco la crítica que expresa Barrera Enderle en 2012 sobre cómo, al pasar de los años, también se cayó en excesos. Cito en extenso un párrafo de la parte final de su artículo “Consideraciones sobre la llamada Literatura del Norte en México”:

6 En otro pasaje, Said apunta: “Usaré el término ‘imperialismo’ como definición de la práctica, la teoría y las actitudes de un centro metropolitano dominante que rige un territorio distante; ‘colonialismo’, casi siempre consecuencia del imperialismo, como la implantación de asentamientos en esos territorios distantes,” (43). Alfredo Laverde lo expresa así: “autoridad que emana de una tradición en lengua europea que, al poseer la escritura, imagina a la nacionalidad como parte de un proyecto modernizador privativo de las culturas metropolitanas”. (“Preámbulo a una lectura...” 118).

Ahora nos encontramos inmersos en esa circunstancia, y eso ha aletargado nuestra reflexión crítica. Comenzamos a aceptar, sin cuestionar, la definición del fenómeno desde la posición de simples espectadores. Gran ironía: la globalización nos vendió la ilusión de la descentralización cultural lo que finalmente ha reforzado el centralismo. Durante la formación del Estado la estrategia principal fue la homogeneización; durante la globalización la estrategia es la ponderación de la diversidad. Al final el resultado es el mismo: la ausencia de un diálogo entre iguales. La Literatura del Norte, como parte de este fenómeno, se está convirtiendo en una categoría fija, en un pesado obstáculo que puede limitar y distorsionar nuestro derecho a la representación estética (79).

La cita de Barrera Enderle puede leerse en perspectiva con lo que Heriberto Yépez escribió en *Made in Tijuana*. A lo largo de varios de sus capítulos expresa la negativa de entender la cultura del norte a partir de la “hibridación” y “fusión” (es decir, de las representaciones culturales en contacto semipacífico: mexicanas y estadounidenses). Yépez prefiere la metáfora del aleph: “simulacro de la captura de la totalidad de la cultura. Sólo en este sentido, es la frontera un Aleph: la ironía de una orgía semiótica” (15). Sin embargo, más radical es su postura en “El mito del escritor fronterizo”, donde tajante afirma: “Existe la literatura del norte de México. Es otra la duda: ¿dónde está el norte? El norte mexicano siempre ha sido fantasmático. Fue inventado en 1848, cuando la separación con Estados Unidos fue trazada en el nuevo dibujo político. Algo de lo que ahora es el norte fue, en un momento, parte del centro. La Historia nos reubica” (85). Pero avancemos con tiento, frente a la postura de Barrera Enderle y de Heriberto Yépez, ¿cómo y bajo qué condiciones se construye esa “categoría fija” de la literatura del norte? Eduardo Antonio Parra escribió en 2004 que:

a finales de los años ochenta se le denominó [...] ‘narrativa del desierto’ y contaba con cinco nombres situados por encima de los demás: Gerardo Cornejo, de Sonora; Jesús Gardea, de Chihuahua; Ricardo Elizondo Elizondo, de Nuevo León; Severino Salazar, de Zacatecas; y Daniel Sada, originario de Mexicali [...] si no

fundadores, por lo menos robustecedores de una tradición regional (“El lenguaje de la narrativa del norte de México”, 72)⁷.

Aunque Parra inicia su trabajo a partir de lo que él considera extraliterario, es decir, cómo se pasó de publicar en editoriales locales a sellos de gran distribución o de contar con una escasa recepción a tener valoración nacional, las preguntas principales de su artículo son: “¿de qué escriben los nortños? ¿Existe realmente una narrativa del norte de México? ¿Cuenta con un lenguaje particular? ¿Sus temas son reflejo de un determinado imaginario colectivo o de experiencias específicas de esa región?” (72).

Aunque hoy en día se cuenta con abundante bibliografía sobre el tema, la visión de Parra muestra cómo para inicios del siglo XXI existía una postura clara sobre la relevancia de esta literatura para el campo cultural mexicano. Mientras el autor se avoca a responder las preguntas de modo afirmativo, su postura se orienta a destacar, de entre todas las características que le brindan unidad al fenómeno, tres como las más visibles: presentar los conflictos de la cercanía con los Estados Unidos, situar la historia en espacios que refieren la geografía de los estados del norte de México, algunos temas comunes (el narcotráfico, la violencia, la migración...) y, sobre todo, un lenguaje “a la vez creativo y autóctono, novedoso y eficaz, muchas veces poético, que extraen de la cantera del habla popular tanto urbana como rural [...] Hay en él un ritmo que se basa en una respiración acaso sofocada por los extremos del clima y, por lo tanto, aunque en general es abundante, da una impresión de parquedad, repetitiva y entrecortada” (76).

Si lo notamos, por el afán de precisión también se incurre en el esencialismo. ¿Qué decir, por ejemplo, de la literatura no realista, como la ciencia ficción que se escribe en estos territorios o la poesía de

7 Este trabajo constituye un desarrollo más amplio de lo que había publicado en 2001 en *La Jornada Semanal*, 27 de mayo de 2001, bajo el título: “Notas sobre la nueva narrativa del norte”, <https://www.jornada.com.mx/2001/05/27/sem-parra.htm>

temática no social?⁸ Reitero, como afirmé desde un inicio, no es mi interés realizar una revisión completa sobre la bibliografía que se ha escrito sobre este tipo de literatura ni sobre el concepto de literatura regional, por eso el ejemplo me permite traer a la discusión cómo es que en un afán de valoración se distingue al conjunto de obras y autores, tanto por críticos como por autores, mediante un proceso de comparación por contraste, es decir, por diferencias. Diana Palaversich analiza con agudeza en “La nueva narrativa del norte: moviendo fronteras de la literatura mexicana” cómo la revisión puntual de un corpus más amplio de autores nacidos o identificados con el norte no se ajustan a las particularidades que defendió Parra ni a las objeciones que opuso Lemus en su momento. En ambos se generaliza, y aunque es Lemus quien recurre a la comparación con la literatura del centro, en los dos se expone una lectura de oposición que conduce —en Parra— a la autoafirmación y —en Lemus— al aislamiento. En síntesis, no sólo se borran las otras literaturas de la región, sino que se cancela el contacto (siempre fructífero) con la literatura de las zonas aledañas⁹.

Si partimos del reconocimiento del sistema literario como un campo de interacciones culturales se entiende que la “literatura regional establece una relación sistémica respecto de lo macro o suprarregional (nacional, continental, mundial) y, en consecuencia, puede ser estudiada como un microsistema (hacia el interior del sistema regional) o como un subsistema (relaciones con el sistema mayor que lo engloba)” (Mónica y Varela 126).

8 Remito a un único ejemplo, pero de solidez indiscutible, Gabriel Trujillo Muñoz y sus asedios al terreno de la ciencia ficción y, en particular, a la que se escribe en la frontera norte de México. Véase: *La ciencia ficción. Literatura y conocimiento y Futuros por cruzar. Cuentos de ciencia ficción de la frontera México-Estados Unidos*.

9 Esto sucede cuando se insiste en distinguir la literatura del norte de lo que sucede en la frontera desde los Estados Unidos o con la cultura chicana, al igual que se procede a distanciarla de la literatura del centro. El artículo de Rafael Lemus al que me refiero es: “Balas de salva”, publicado en *Letras Libres*, septiembre 2005, <https://letraslibres.com/revista-mexico/balas-de-salva/>. Reitero que el interés no es rescatar la abundante bibliografía que se ha escrito sobre el tema de la literatura del norte y del escritor fronterizo, sino ejemplificar posiciones en torno a lo regional dentro de un sistema literario más amplio.

Desafortunadamente esa relación sistémica se estudia mayormente a partir de las fuerzas de poder que se establecen entre centro y periferia, pero no en favor de la construcción de procesos culturales en diálogo en igualdad de circunstancias entre ambas instancias. La intención de este trabajo es abonar a una revisión que no borre las enormes diferencias políticas que hay entre ellas, sino que se concentre en cómo se sortean los diálogos entre actores y se median acciones entre zonas culturales que a la larga pueden dar una imagen más clara de la cultura literaria de una región a que si sólo la analizamos de forma aislada.

Un ejemplo de ello puede ser Amparo Dávila, quien para 1950 en que se publicó su primer libro, *Salmos bajo la luna*, ya aparecía en el listado de redactores de *Estilo*, revista potosina que se publicó desde 1945 y hasta 1961. Un año antes, en 1949, durante la conmemoración del centenario por el natalicio de Manuel Acuña en Saltillo, Coahuila, conoció a Gabriel Méndez Plancarte, a la sazón director de *Ábside*, y quien “era el salmista más importante que ha dado México. [En palabras de la propia Dávila] Don Gabriel quedó bastante impresionado que una jovencita escribiera salmos, de una métrica tan diferente, tan poco usada y conocida. Don Gabriel me abrió mucho el camino, las puertas, también Agustín Yáñez”, le confesó a Patricia Rosas Lopátegui (“Amparo Dávila: Maestra del...” 67).

Salmos bajo la luna fue el número 8 de la colección “Bajo el signo de *Estilo*”, pero cabe recordar que Dávila ya había colaborado en la revista desde el número 11-12 (julio-diciembre) de 1948, precisamente con una selección de poemas bajo el título de “Ocho salmos”. Se trata de: “Lirios”, “Acuática”, “Angustia”, “Ecos de angustia”, “Tierra mojada”, “Ausencia blanca”, “Brindis” y “De retorno a Pinos”. *Estilo*, en reiteradas ocasiones, reconoció a Dávila no sólo como integrante del grupo que animaba la publicación, sino como poeta potosina: “Tres libros más de autores potosinos, aparecerán en el presente año. Una novela de Guilebaldo Guillén Zapata, ‘*Salmos bajo la luna*’ bellas prosas

de Amparo Dávila, de *Estilo*¹⁰. La identificación de Dávila con el territorio de San Luis Potosí es tal que para 1953 aparece seleccionada por Jesús Medina Romero en el primer número de la colección Biblioteca de Autores Potosinos: *Antología de poetas contemporáneos, 1910-1953*, al lado de figuras como: Juan de Alba, Manuel Calvillo, Antonio Castro Leal, Jesús Medina Romero y Joaquín Antonio Peñalosa, entre otros¹¹.

Otro antecedente para tomarse en cuenta: en 1947, con *Ensayos poéticos. Inéditos* de Manuel José Othón, cuando *Estilo. Revista de Cultura* inició con el proyecto de publicación de una serie de libros. Se inauguró así la colección titulada “Bajo el signo de *Estilo*”, misma que —para quien esté familiarizado con los grupos intelectuales católicos mexicanos del siglo XX— trae a la memoria la serie “Bajo el signo de *Ábside*”, que arrancó diez años antes, en 1937, con *La poesía lírica azteca* de Ángel Ma. Garibay K.

Si ya se nota la cercanía del nombre de la colección de *Estilo* con el proyecto editorial de *Ábside*, existe otro hilo que conecta lo sucedido en San Luis Potosí con Morelia. Me refiero a la propuesta lírica de Dávila, que no se corresponde con las poéticas canónicas de medio siglo en la literatura mexicana, y que si bien responde a la formación educativa y familiar de la poeta, también se vincula con Gabriel Méndez Plancarte, quien en 1942 había publicado en “Bajo el signo de *Ábside*” el volumen *Salmos*¹².

Irma Guadalupe Villasana Mercado, estudiosa de la cultura y revistas literarias potosinas de medio siglo, identificó los intercambios culturales que mediaban entre el grupo de *Estilo* y el proyecto católico humanista de los hermanos Plancarte. Es de entender que con la llegada de Joaquín Antonio Peñalosa (número 2, 1945) y Rafael Montejano y Aguiñaga al Consejo de redacción (número 5, 1950), *Estilo. Revista de*

10 *Estilo*, 15, julio-septiembre, 1950, p. 206. Para seguir esa misma línea, en 1955, en el número 35 leemos: “*Estilo*” —que ha dado a conocer la última promoción de poetas potosinos: Moisés Montes, Amparo Dávila, José Rosas Cansino, Juana Meléndez de Espinosa”. 35, julio-septiembre, 1955, p. 207. Algo muy semejante se repite en el número 37, de 1956.

11 Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1953.

12 Para 1947 se publica, en la misma colección, *Nuevos salmos y Odas*.

Cultura paulatinamente definió su línea editorial en consonancia con los cuatro ejes que se enunciaron en el tercer aniversario: “Creemos en la Provincia [...] Creemos en la Patria [...] Creemos en la Hispanidad [...] Creemos en Cristo” (“*Estilo: presente y futuro*”, 9)¹³ y que con el nombramiento de Peñalosa como director en 1950 se refuerza lo que Villasana sintetiza como: “los rasgos ideológicos de la labor cultural de Taller de *Estilo*: provincia, hispanidad y humanismo católico” (*Humanismo, hispanidad y provincia: El papel de Estilo, Revista de Cultura (1945-1961) y Taller de Estilo en la constitución del campo cultural potosino a mediados del siglo XX* 21).

Si bien la primera edición de *Salmos* de Méndez Plancarte se dio en 1942, no hay que olvidar que cinco años después apareció una segunda en la misma serie de *Ábside* y, aunque no se puede atribuir la génesis de *Salmos bajo la luna* a su lectura, se sobreentiende que esta forma poética era conocida por los lectores en la década de 1940:

—Empecé a escribir poesía cuando iba a hacer la primera comunión, pequeños poemitas místicos que le escribía a Dios. ¡No podría decir qué fui primero, si poeta o cuentista! Me educué en dos colegios religiosos a donde llegué a los seis años. Cuando lo preparan a uno para la primera comunión, enseñan historia de la Iglesia, y leí la traducción de fray Luis de León del *Cantar de los Cantares*, poema de amor bellísimo, escrito en paralelismo hebreo, donde un verso reafirma lo que el otro dice. En la misa tenemos un salmo responsorial: una primera lectura, una segunda y luego un salmo. Cuando yo escribí mis *Salmos bajo la luna* no eran de tipo religioso sino paganos, aunque conservé la estructura del salmo en paralelismo.

Como se observa, la cultura católica y el conocimiento de las estructuras estilísticas de los textos bíblicos formó parte de la educación de Dávila desde la infancia, y aunque en las entrevistas y testimonios autobiográficos no menciona la lectura de Méndez Plancarte ni la de Joa-

13 “*Estilo: presente y futuro*”, 9, enero-febrero-marzo 1948, p. 9.

quín Antonio Peñalosa, es muy seguro que conoció de primera mano el citado *Salmos y Pájaros de la tarde. Canciones litúrgicas*, volumen tres de la serie “Bajo el perfil de *Estilo*” de Joaquín Antonio Peñalosa que se publicó en 1948, y donde Peñalosa da a conocer salmos de temática religiosa. Dato relevante es que, además, Dávila dedicó a Peñalosa su primer libro con estas palabras: “Para Joaquín Peñalosa, maestro y guía, con agradecimiento y respeto” (*Salmos bajo la luna*. San Luis Potosí, Estilo, 1950).

En síntesis, aunque esta puesta en diálogo con la cultura regional no explique el proyecto literario de Dávila en sus cuentos, sí revela un espesor pasado por alto en la mayoría de los acercamientos críticos en torno a su obra poética, pues en general sus lectores suelen detenerse en los primeros años de su formación como etapa de paso hacia la llegada a la Ciudad de México y la publicación en el FCE de *Tiempo destrozado* en 1959¹⁴.

Si leemos la poesía de Dávila sin la mediación de la región se puede caer en el error de afirmar que responde a un proyecto inicial vinculado con los temas y obsesiones que vienen de la infancia; en esa lógica, le corresponde la madurez a su obra cuentística y la poesía quedaría reducida a mero capítulo previo, antecedente de su etapa adulta, en la que el contexto religioso en México se entrecruza con la historia personal.

Una aclaración pertinente para este momento estriba en declarar que lo regional no es sinónimo de literatura estatal. Aunque aquí por facilidad se distingue entre lo sucedido entre las demarcaciones políticas, es cierto que Dávila sale de Pinos porque para su familia —y en el contexto de la meseta central del país se siguen dando este tipo de migraciones— San Luis es la ciudad más grande y cercana, además,

14 En el número 41, enero-marzo de 1957, *Estilo* anuncia en su página 73: “Definitivamente María Amparo Dávila publicara, este año, un volumen de cuentos”. En otro ámbito de ideas, no es parte central de la reflexión, pero falta extender aún más esta red de comunicaciones e intercambios con la revista potosina *Vas electionis*, publicada entre 1945 y 1948, que también funda una serie llamada “Bajo el signo de *Vas electionis*”. La revista estuvo dirigida por Nicolás M. Díaz y era responsabilidad del Seminario Guadalupano Josefino.

comparte con Zacatecas rutas de comunicación cultural, traslado de productos y mercado laboral. Regiones y no estados es una perspectiva que puede fecundar positivamente en visiones que rompan el localismo de los estudios literarios. Ana Pizarro le ha llamado “zonas culturales” a esos espacios que rebasan lo político y se hermanan con otro tipo de accidentes (no jurídicos y culturales, sino naturales y vivos) como la geografía que bordea el río Amazonas y que integra diversos países¹⁵. Como se ha querido mostrar, aquí se apela a las regiones como zonas culturales (bajo la concepción de Pizarro) a partir de la identificación de espacios naturales y culturales, que no dependen de las demarcaciones políticas.

En el otro extremo, tampoco se busca configurar una categoría crítica a partir de la cual se tengan que discutir siempre las producciones regionales. Como todas las literaturas, a la potosina se le puede estudiar en el contexto del territorio, pero también es dable dialogar, como cualquier otro discurso cultural, con manifestaciones teóricas, críticas y metodológicas diversas.

III. Conclusiones

Uno de los aspectos que se desprenden de la marcada diferencia que se ha hecho entre lo regional y lo central apunta al valor de mercado de las producciones literarias de uno y otro espacio. Desde lo local y regional, adquieren mayor valor (capital) simbólico aquellas obras y autores que con el paso del tiempo se editan en sellos centrales, se distribuyen en cadenas de librerías nacionales o participan del circuito de presentaciones y lecturas en espacios de la capital mexicana. En ese sentido, la distinción que se hace de las obras regionales constriñe

15 La crítica chilena Ana Pizarro ha llamado la atención sobre el concepto “zonas” o “áreas culturales” en distintos trabajos. Remito a su artículo “Áreas culturales en la Modernidad tardía” o al volumen *El sur y los trópicos*.

el enfoque crítico al presupuesto de encadenar a los textos literarios con el espacio/zona desde el que se escribe o desde el cual se lee¹⁶.

Como se ha postulado, las literaturas regionales se suelen identificar a partir de rasgos que las hace únicas y del espacio como relato de una geografía. Sin embargo, al hablar de las mediaciones internas hay que tomar en cuenta, por ejemplo, las distintas generaciones que coexisten en cada región y cómo se traslapan sus proyectos, así como las estéticas variadas que se practican. Al remitir a los procesos de interrelación que se establecen al interior de las regiones, debe considerarse que a veces llevan a cabo presentaciones en los únicos espacios que existen o publican en el mismo sello editorial, distribuyen sus libros en las pocas ferias o cadenas que se programan, difunden las obras en los mismos canales, lo que obliga a la mediación con agentes e instituciones por parte de grupos o tendencias diversas y, quizá lo más importante, dentro de una región específica, esas múltiples identidades comparten lectores. La literatura de una región nunca será una sola cara, sino diversos rostros que viven activamente en constante interacción a pesar de sus diferencias.

De una diversidad palpable de literaturas en el país que incluye las escritas/orales, en español/y en lenguas indígenas, autorales/anónimas y de carácter metaliterario o de tradición popular, estos y otros elementos se ponen en juego para comprender el fenómeno de las literaturas regionales desde un proceso interno. Igual de compleja que las literaturas nacionales o centrales, la regional participa de dinámicas de poder dentro del campo interno que hacen emerger en algún momento autores, obras, editoriales, revistas o espacios culturales por sobre otros que coexisten al mismo tiempo. Agentes e instituciones, muchas veces opuestos o enemistados, construyen en suma la literatura de una región y su pulso se regula por la mediación cotidiana entre los miembros del campo cultural (tanto al interior como al

16 "La atribución de regionalidad a un texto, un autor, un movimiento, suele arrastrar matices de disminución; la región y lo que en ella se inscribe conformarían así el espacio de lo pequeño, lo trivial, lo pueblerino y lo no trascendente; el lugar de la opacidad".

exterior, pero sin perder autonomía): “La idea misma de la categoría de literatura regional [...] desconoce el complejo articulado de mediaciones, filiaciones, intertextualidades y rupturas que constituye todo sistema literario”, dirá con precisión Celina Manzoni, en “Migración y frontera en la escritura de Héctor Tizón” (29).

La literatura regional no sólo remite a la espacialidad, a la identidad y a ciertos rasgos generales de un corpus de obras, sino que se conecta con la sociología literaria, con los intercambios y posicionamiento en los circuitos de circulación literaria. No sólo desde dónde se escribe (espacio), sino qué “lugar” (posición) le asignan o desde el cual se presenta el autor al poner en circulación la obra. Paradójicamente, detrás del concepto “regional” se asume la disidencia identitaria de un grupo mayor: hay algo que no me representa, porque mi lenguaje, mi cultura, mis prácticas artísticas son diferentes. Somos diferentes, pero no por ello enmudecemos frente al otro. Examinar literatura regional contribuye a la discusión de la desigualdad en el estudio de las regiones literarias o, dicho de otro modo, cuestiona la literatura de esa región hegemónica a la que llamamos “centro” respecto al modo de construir valores para todas las producciones de diferentes zonas culturales.

No se olvide que toda tradición está hecha por marginales (parafraseando a Juan José Sáer en “Macedonio Marginal”). Toda literatura es regional, pero sólo una región muy pequeña ha sido identificada como hegemónica y central: la literatura regional de la ciudad de México¹⁷. Sin embargo, siguiendo a Molina y Burlot (“El Regionalismo como problema conceptual”) hay que dejar de ver al centro y ennoblecer el estudio de las literaturas regionales:

construir críticamente las literaturas de regiones por medio de su

17 Alejandro Palma define claramente la paradoja de un centro muy estrecho en su percepción de la diversidad cuando escribe: “los mecanismos de [la] una hegemonía ubicada en el centro [tuvo] una visión muy local de su entorno”. (*Mosaicos de translocalidad. Poesía en Puebla desde la colonia hasta la actualidad* 14).

interrelación –e interacción–, no solo en su vínculo “colonizado” por la región central, sino también a través de las redes con otras regiones igualmente relegadas a la periferia o a la marginalidad [...]. Podría ser una de las tareas más nobles porque de hecho existieron y existen esos vínculos que no han sido lo suficientemente estudiados. Ausencia crítica que implicó una especie de silencio y de autoocultamiento ante el avasallante *merchandising* editorial de las empresas oligopólicas de la región hegemónica [sentencian claramente Hebe Beatriz Molina y María Lorena Burlot. (14).

En una visión igualmente reduccionista como la que ha establecido la diferencia entre el centro y la periferia, una crítica ciega a los demás elementos que se han señalado y que destaque sólo el origen de las producciones literarias con un estado o una región no es más que la otra cara del binarismo que se ha querido modificar con el surgimiento de los estudios regionales. Por ello, mejor entender el proceso dinámico que tienen ambas perspectivas en determinado fenómeno, para aceptar, por ejemplo, la existencia de obras marginadas del centro, pero que al mismo tiempo son canónicas en espacios periféricos. A partir de ello se extiende la noción de modernidad de las regiones o zonas, antes de criticar lo regional como si fuera un sistema literario trasnochado que no se ajusta a las inquietudes temporales que se discuten en el centro. Dislocar el enfoque de los textos regionales para valorarlos de manera diversa también requiere de un crítico literario que desplace su visión desde un centro estable, fijo y a la vanguardia, al tiempo que acepta que cada sistema tiene su grado de complejidad y que las condiciones que explican la literatura del centro no tienen por qué ser igualmente válidas para todos los espacios.

Referencias

- Barrera Enderle, Víctor. "Consideraciones sobre la llamada Literatura del Norte en México". *Aisthesis*, núm. 52, 2012, pp.69-79.
- Dávila, Amparo. *Salmos bajo la luna*. Estilo, 1950.
- Espinasa, José María. *Historia mínima de la literatura mexicana del siglo XX*. COLMEX, 2015.
- Estilo*, núm. 15, julio-septiembre, 1950.
- "Estilo: presente y futuro". *Estilo*, núm. 9, enero-febrero-marzo, 1948, p. 9.
- Estilo*, núm. 35, julio-septiembre, 1955.
- Estilo*, núm. 37, enero-marzo, 1956.
- Hadatty Mora, Yanna, Norma Lojero Vega, Rafael Mondragón Velázquez (coordinadores). *Historia de las literaturas en México, siglos XX y XXI. La revolución intelectual de la Revolución mexicana (1900-1940)*, UNAM, 2018.
- Heredia, Pablo. "Propuestas para un estudio de las operaciones políticas de regionalización cultural en la literatura argentina". *La Literatura del Noroeste Argentino. Reflexiones e investigaciones. Vol. II*, directoras Liliana Massara, Raquel Guzmán y Alejandra Nallim, Universidad Nacional de Jujuy, 2012, pp. 19-34.
- Jurt, Joseph. "La teoría de los campos desde el prisma de la literatura". *Revista del Museo de Antropología*, vol. 8, núm. 1, 2015, pp. 225-232.
- Laverde Ospina, Alfredo. "Preámbulo a una lectura de la tradición literaria latinoamericana: en torno a la complejidad de los sistemas literarios". *Historia y sociedad*, núm. 22, enero-junio de 2012, p. 117.
- Lemus, Rafael. "Balas de salva". *Letras Libres*, núm. 81, septiembre 2005, <https://letraslibres.com/revista-mexico/balas-de-salva/>
- Manzoni, Celina. "Migración y frontera en la escritura de Héctor Tizón". *Hispanérica*, vol. 26, núm. 78, diciembre, 1997, pp. 29-37.
- Martínez Morales, José Luis. "¿Literatura regional en tiempos de globalización?". *Investigación literaria y región*, Ignacio Betancourt, El Colegio de San Luis, 2006, pp. 11-27.
- Mejía Toro, Eduardo Andrés. "Ángel Rama y Antonio Candido: la integración del Brasil en el sistema literario latinoamericano". *Literatura: Teoría, Historia, Crítica*, vol. 16, núm. 1, 2014, pp. 165-192.
- Medina Romero, Jesús. *Antología de poetas contemporáneos, 1910-1953*. Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1953.
- Méndez Plancarte, Gabriel. *Nuevos salmos y Odas, Bajo el signo de Ábside*, 1947.
- Méndez Plancarte, Gabriel. *Salmos, Bajo el signo de Ábside*, 1942.
- Molina, Hebe Beatriz y María Lorena Burlot. "El Regionalismo como problema conceptual". *Regionalismo literario: historia y crítica de un concepto problemático*, dirección Hebe Beatriz Molina y Fabiana Inés Varela, Universidad Nacional del Cuyo, 2018, pp. 11-46.
- Molina, Hebe y Fabiana Varela. *Conclusiones: aportes para una delimitación conceptual*, Biblioteca Digital de la Universidad Nacional del Cuyo, 2018, pp. 125-130.
- Monge, Raúl. "Manuel Camacho, el negociador". *Proceso*, 5 de junio de 2015, <https://www.proceso.com.mx/reportajes/2015/6/5/manuel-camacho-el-negociador-148012.html>
- Palaversich, Diana. "La nueva narrativa del norte: moviendo fronteras de la literatura mexicana". *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Literatures*, núm. 61, 2007, pp. 26-9.
- Palma Castro, Alejandro. *Mosaicos de translocalidad. Poesía en Puebla desde la colonia hasta la actualidad*. Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, 2009.

- Parra, Eduardo Antonio. "El lenguaje de la narrativa del norte de México". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. XXX, núm. 59, 2004, pp. 71-77.
- Parra, Eduardo Antonio. "Notas sobre la nueva narrativa del norte". *La Jornada Semanal*, 27 de mayo de 2001, <https://www.jornada.com.mx/2001/05/27/sem-parra.htm>
- Pizarro, Ana, "Áreas culturales en la Modernidad tardía". *Nuevo Texto Crítico*, año XIII-XIV, núm. 25/28, 2000-2001, pp. 147-160.
- Pizarro, Ana, *El sur y los trópicos*. Ensayos de cultura latinoamericana. Cuadernos de América sin nombre, 2004.
- Peñalosa, Joaquín Antonio. *Pájaros de la tarde. Canciones litúrgicas*. Estilo, 1948.
- Poderti, Alicia E. *Historia de la literatura del noroeste argentino. Desde la Colonia hasta fines del siglo XX*. 1998. Universidad Nacional de Cuyo, Tesis doctoral.
- Rodríguez Lozano, Miguel G. y Roberto Cruz Arzabal (coordinadores). *Historia de las literaturas en México, siglos XX y XXI. Hacia un nuevo siglo (1968-2012)*. *Tensiones, territorios y formas de un campo literario en movimiento*, UNAM, 2021.
- Rodríguez Lozano, Miguel G. *Escenarios del norte de México: Daniel Sada, Gerardo Cornejo, Jesús Gardea y Ricardo Elizondo*, UNAM, 2003.
- Rosas Lopátegui, Patricia. "Amparo Dávila: Maestra del cuento (O un boleto a sus mundos memorables)". *Casa del Tiempo*, núm. 14/15, 2009, p. 67-70.
- Saer, Juan José. *La narración-objeto*. Seix Barral, 1999.
- Said, Edward. *Cultura e imperialismo*. Anagrama, 2001.
- Sánchez Prado, Ignacio M., Anna M. Nogar y José Ramón Ruisánchez Serra (eds.). *A History of Mexican Literature*, Cambridge University Press, 2016.
- Sosnowski, Saúl. "Crítica literaria hispanoamericana en Estados Unidos: Visiones desde la periferia", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 16, núm. 31/32, 1990, pp. 267-289.
- Villarreal, Jaime Moreno. *La línea y el círculo*. Universidad Autónoma Metropolitana, 1981.
- Villasana Mercado, Irma Guadalupe. *Humanismo, hispanidad y provincia: El papel de Estilo, Revista de Cultura (1945-1961) y Taller de Estilo en la constitución del campo cultural potosino a mediados del siglo XX*. 2014. Universidad de Colima, Tesis doctoral.
- Yépez, Heriberto. *Made in Tijuana*. Instituto de Cultura de Baja California, 2005.